

# El inminente final

Por: Gentleman 

*Horror cósmico*

El OPerra

La lluvia caía con inusitada inclemencia.

En la calle, junto a los bordillos, se formaban pequeños ríos en donde flotaba la mugre y las hojas otoñales. Los charcos hacían intransitables las aceras, aunque a esa altura de la noche no existía transeúnte alguno. Sólo un automóvil se atrevía a romper de vez en cuando la quietud de la calle.

Pero nada de esto era apreciable desde dentro del bar.

El bar era un sitio completamente anacrónico. Tanto su fachada como su interior exudaban un ambiente ochentero, no sólo por los colores elegidos para decorarlo, sino también porque el paso del tiempo era evidente. En varias partes, las paredes se habían descascarado por la humedad, y en algunas zonas había varios grafitis. El letrero estaba totalmente despintado, mas aún podía leerse “Bar El Imperio”.

Dentro, la decadencia que se observaba era similar, tanto en el techo como las paredes, aunque la poca iluminación ayudaba a disimularlo.

Contados bombillos esparcían una mortecina luz amarillenta que apenas alcanzaba para distinguir a las personas que bebían en soledad. Varias filas de mesas, con sus respectivas sillas, saturaban el reducido espacio, dejando apenas un pequeño pasillo por el cual uno debía zigzaguear si deseaba salir de allí o dirigirse al baño. Por la falta de luz, todos los presentes se asemejan a bultos informes, pero era mejor así. Porque quienes iban a El Imperio no deseaban reconocer a nadie, ni ser reconocidos por nadie.

El bar era bien conocido por los habitantes del pueblo. Era un tugurio donde uno podía tomar cerveza barata, aspirar el aire viciado por el humo de cigarrillo, y olvidarse de que existía un mundo más allá de la puerta. Era tan anacrónico, que la prohibición municipal que restringía fumar en establecimientos cerrados no corría para El Imperio<sup>1</sup>. El humo, además, ayudaba a la escasa luz existente a esconder los rostros de los bebedores. Los flotantes puntos luminosos de los cigarrillos encendidos casi parecían rivalizar con la poca luz que emanaban los bombillos.

Frente a la barra, apenas había dos personas, sentadas una en cada punta de la misma, a fin de tener el mínimo contacto humano posible. Del otro lado, el barman restregaba un trapo andrajoso sobre un vaso. No se distinguía si estaba limpiándolo, o si no hacía más que desparramar la suciedad por todo el cristal.

Era un hombre ya entrado en años. El escaso pelo blanco que festonaba su nuca y sienes estaba prolijamente cortado. El mandil que lo cubría estaba casi tan sucio como el resto de su ropa, y sus duros ojos marrones escrutaban cada esquina del lugar, atento al gesto de alguna mesa que se dispusiera a pagar, o a pedir otra cerveza.

Ese hombre era el principal responsable de éxito inicial de El Imperio, con implementos que, en un pueblo alejado de la mano de Dios, fueron vistos como algo de otro planeta. El Imperio contó con las primeras máquinas de pinball del pueblo, y unas cuantas mesas de billar, compitiendo en su momento con la cantidad de mesas que había para que la gente se sentara a beber.

---

<sup>1</sup> Metafóricamente hablando, por supuesto.

También era el principal responsable de su declive. Con el correr de los años, vendió las máquinas y las mesas de billar, dejando apenas dos, las cuales también vendió con el correr de los años. Entendió que se había cansado de soportar las largas noches de parranda, así que lentamente fue haciendo pequeñas transiciones hasta convertirlo en lo que ahora era. Desde comienzos del año 2000 había tomado la costumbre de cerrar a la una de la mañana. Desde finales del 2007, su negligencia en torno a la limpieza fue en aumento. Y, desde el 2012, las luces se habían transformado en débiles puntos lumínicos.

Pocos quedaban de los que había vivido la época dorada de El Imperio. Y ninguno de ellos lo frecuentaban en la actualidad, tanto por ser demasiado viejos, como también porque les disgustaba ver en lo que se había convertido.

Sin embargo, esos cambios le habían permitido atraer a la clientela que ahora tenía. Hombres miserables, que no buscaban charla o diversión, sino olvidarse de la vida por unas horas. Era evidente que, si no fuera por la hora de cierre, pasarían allí toda la madrugada.

Al barman le agradaba ese tipo de clientela, ya que nunca peleaban, ni discutían, ni buscaban charla, a no ser que se les acabara el dinero para la cerveza y quisieran persuadirlo de que les regale una, pero eso nunca funcionaba. Y, al ser él un hombre corpulento a pesar de su edad, nunca lo intentaban dos veces.

Repentinamente, uno de los hombres sentados frente a la barra levantó la mano.

—Oswaldo —masculló.

El barman se acercó con pasos lentos. Ése era uno de los pocos clientes con el cual charlaba, aunque sólo de vez en cuando, y siempre de temas banales.

—¿Otra cerveza, Carlos?

—No, no. Así está bien.

El otro levantó las cejas, visiblemente sorprendido.

—¿Perdón?

—Ya he bebido suficiente.

—¿Qué estás diciendo? Apenas es tu segunda botella.

—Sí, lo sé. Pero no quiero beber más. Necesito estar más o menos lúcido para lo que voy a hacer.

Oswaldo miró a su cliente con genuino interés.

—¿Esta noche? Ya son casi las once. ¿Qué vas a hacer, además de dormir?

El hombre no respondió inmediatamente. Ni siquiera levantó la cabeza. Simplemente, se limitó a introducir una mano enguantada en el profundo bolsillo derecho de su saco. Entonces, se inclinó hacia atrás en su asiento y, con un cabeceo, le indicó a Oswaldo para que mire lo que allí guardaba.

Éste así lo hizo, y bajó la mirada hasta localizar el bolsillo. Cuando vio el mango negro de la pistola iluminado bajo la débil luz que escupían los bombillos, sintió un nudo en la garganta.

Carlos se limitó a asentir mientras volvía a guardar el arma.

—Oswaldo —dijo con parsimonia—, ¿hace cuánto que vengo aquí?

—¿Cómo? —la imagen del arma asomándose desde el bolsillo del saco aún no se había desvanecido de su mente.

Carlos repitió la pregunta.

—Bueno... pues, no sé —dijo, ya más sereno—. Serán unos... ¿Diez años? Más o menos.

—No debes estar muy errado. Sí, deben ser más o menos diez años. Y dime, ¿alguna vez hemos hablado en profundidad?

Oswaldo lo miró, sin entender la pregunta.

—Me refiero —aclaró—, a que nunca hemos tenido una charla como Dios manda. Siempre hemos hablado de temas básicos, si es que hablamos. Fútbol, política, clima. Pero nunca hemos hablado de nosotros, de quiénes somos, y esas cosas.

—Ajá. Bueno... —se frotó las manos—. Está bien. Comienza tú. ¿Qué piensas hacer con esa arma?

Su interlocutor rió de buena gana, más para desprender la posible tensión que aún quedara en la charla que por encontrar divertida la pregunta.

–Buen tema para comenzar. La respuesta corta es simple: suicidarme –al ver el gesto escandalizado del barman, añadió–: Tengo también, si te interesa, la respuesta larga. Pero te advierto –hizo una pausa dramática, antes de añadir con tono burlón–: es larga.

Oswaldo esbozó una media sonrisa y levantó la vista para contemplar el bar, escrutando si había alguna cerveza que estuviera casi vacía, pero la pobre luz existente hizo de ésta una tarea inútil.

–Está bien, adelante.

Carlos vació lo poco que quedaba en su vaso, cuyo contenido estaba constituido mayoritariamente por espuma, y carraspeó ligeramente antes de comenzar.

–Carlos Presillo es mi nombre completo. Sé que en este pueblo nadie me conoce. Es decir, conocen al viejo Carlos que viene aquí, a El Imperio a tomar unas cervezas, pero desconocen quién fue Carlos Presillo.

”Eso no me extraña. El desconocimiento que tiene la gente de mi pasado es el principal motivo por el cual me mudé aquí. Deseaba pasar tranquilo mis últimos años de vida, sin la presión ni el peligro que significa ser reconocido cuando salgo de mi casa. Porque ser reconocido implica interés, y el interés conduce a la curiosidad, y la curiosidad conlleva preguntas que, aunque podría, no deseo contestar. Aunque es cierto que, en la profesión que yo ejercía, aunque no somos ignorados, carecemos de los seguidores que existen en otros trabajos, como lo tienen los deportistas, o los políticos, por ejemplo.

”Lo cierto es... –se rascó la nariz antes de suprimir un estornudo–. Perdón. Lo cierto es que yo era, hace años, uno de los astrólogos más prestigiosos del país. Desde niño siempre experimenté un vivo interés por todo lo que existiera en el espacio. Devoraba las enciclopedias y los libros que tuvieran que ver con el espacio. Le tengo particular cariño a “De la Tierra a la Luna” de Verne, porque a pesar de los arcaicos métodos con los que Verne detallaba que se hacía el viaje, su atención al detalle para escribir cómo se realizaba el mismo es digno de admirar.

”Sin embargo, no leía cuentos que indicaran una naturaleza maligna del espacio, como el clásico de Wells o el terror de Lovecraft. Quería pensar que, si en verdad había algo en el cosmos, ese algo no fuera esencialmente malvado. Y, en realidad, tuve razón –Oswaldo volvió a levantar las cejas, sorprendido–. Hay, en efecto, algo allá afuera, y no es malvado. Pero no porque sea inofensivo o bondadoso, sino porque lo que hay allí está más allá del bien y el mal.

Oswaldo levantó una mano para indicarle que espere. Fue al refrigerador que tenía detrás y sacó una botella de cerveza, la cual llevó a una de las mesas que se hallaba detrás de Carlos.

Cuando el barman regresó a su puesto, inquirió:

–¿Qué contraste, exactamente? –en su tono se mezclaba el genuino interés con el más fuerte escepticismo.

–Ya llegaré a eso a su debido tiempo, porque no es que “lo encontré”, sino más bien que me topé con ese conocimiento.

”Debes saber, Oswaldo, que mi interés no cesó cuando comencé a trabajar de astrólogo. Siempre hubo en mí ese interés de saber si había algo en el espacio. Por eso, mis vacaciones constituían en viajes a distintas partes del globo, a las locaciones donde, supuestamente, habían ocurrido varios avistamientos. Estuve en Perú, Nicaragua, Italia, Estados Unidos, España, y, por último, en Rusia. Me las arreglé para aprender varios idiomas, a fin de no depender de traductor alguno, aunque debo admitir que, si tenía la oportunidad, me apoyaba principalmente en el inglés. No deseaba que existiera intermediario alguno, más por capricho mío que por otra cosa. Aunque bueno, entre el alcohol, los años, y el abandono, ya he olvidado todos los idiomas que aprendí en su momento. Quizás aún recuerde algo de italiano y varias palabras en inglés, pero nada más.

”Me valía de mi profesión para saber qué países visitar. Siempre encontraba alguna noticia referida a un avistamiento o supuestos contactos, aunque era muy selectivo, puesto que había varias noticias en las que se notaba su falsedad a kilómetros. Así, tuve contacto y charlas con toda clase de personas.

Algunos eran locos de lo más delirantes, mientras que otros hablaban sobre sus visiones con lujo de detalles.

Carlos contempló su vaso. Ínfimas gotas descansaban en el fondo. Se lo llevó a los labios y lo inclinó en un ángulo de noventa grados, tratando de extraer lo poco que quedaba.

—Mi último viaje fue a un pequeño pueblo al sudeste de Rusia, cuyo nombre no recuerdo. Sólo estoy seguro de que era casi imposible de pronunciar, al menos para mí. Fui allí porque un compañero de trabajo, sabiendo el interés que me generaba todo este tema, me había comentado que había oído de ése lugar en una conferencia. Hablando con unos colegas, estos le dijeron que en ese pueblo vivía un loco que decía ser un astronauta perdido. Sin estar totalmente convencido, convine que sería una buena oportunidad para conocer una tierra a la que nunca había ido, dejando el encuentro con ese orate en segundo plano.

”Disfruté de mis vacaciones en Rusia, la verdad. Es un país...

Uno de los bultos informes se había levantado de su mesa y se dirigió a la barra con un andar vacilante, chocando con sus caderas casi todas las sillas que tenía a su paso.

—¡Osvaldo! —en su tono había un dejo de enojo, y de reproche, caricaturizado por todo el alcohol que había ingerido—. Hace una hora que te estoy pidiendo otra cerveza.

Ensimismado como estaba en la historia, el barman no se había percatado. Se limitó a extraer una cerveza del refrigerador, y dársela al cliente en cuestión, no sin antes destaparla.

Iba a decirle a Carlos que continúe con la historia, pero primero le hizo señas al hombre que estaba sentado en el otro extremo de la barra, indicándole que se acerque.

—Fíjate si alguien pide otra cerveza —le dijo, deslizándole un par de arrugados billetes—. Cuando eso pase, me avisas. Yo la destapo y tú se la alcanzas, ¿está claro?

El otro asintió, mirando con ojos brillantes el sucio dinero que tenía entre manos.

—¿Entonces? —inquirió.

—Decía, es un lindo país, aunque su idioma es bastante complicado. Tuve que contratar a un traductor para poder tener un viaje tranquilo, ya que sería inviable tratar de aprender ese idioma en un corto plazo de tiempo.

”Le tuve que pedir al traductor que me llevara a ese pueblo, ya que, obviamente, yo no tenía idea de cómo llegar. Fue un viaje algo largo, pero como yo cubría todos los gastos, no hubo queja por parte del traductor.

”El pueblo era hermoso. Estaba constituido por pocas casas y un puñado de calles. Es más, te digo que este pueblo parece una metrópolis si lo comparo con ése. Y tenía una plaza... Una plaza que nunca olvidaré, porque allí encontramos a este hombre, sentado en la fuente central. Era la plaza... ¿Kovaloff? Si no me falla la memoria. Ocupaba una manzana, y tenía, como dije, una hermosa fuente central, con bellos grabados, y también un verde césped entre el cual se abrían paso unos finos caminos hechos de cemento. Muy bonita, la verdad.

”Este hombre estaba sentado junto a la fuente, vestido con harapos. Era un anciano de una edad que no pude precisar, debido a que su barba le ocultaba gran parte de la cara, pero diría que, a ojo, tenía unos setenta años, más o menos. A su lado había una especie de pancarta con algo escrito. Le pregunté al traductor qué ponía, a lo que él me respondió ‘El fin está cerca’, o algo por el estilo, no recuerdo muy bien.

”Nos acercamos al hombre, y éste tuvo un breve intercambio de palabras con mi traductor, en lo que, según me dijo después, le había explicado quién era yo, y qué hacía allí.

”Él me miró de arriba abajo, con ojos escrutadores. Sinceramente, me sentí un poco incómodo, pero no dije nada. Luego de un momento, le dijo algo al traductor. Éste, a su vez, me aclaró:

”—Dice que usted le cayó bien, y que lo sigamos.

”El anciano se levantó, pancarta en mano, y comenzó a caminar, alejándose de la fuente. Ninguno de los dos lo siguió, sino que nos miramos entre nosotros, extrañados. Entonces, el hombre se detuvo, y dijo en ruso que no teníamos nada de qué preocuparnos, y que sólo quería satisfacer mi curiosidad.

Debo admitir que estaba bastante reticente en cuanto a su propuesta, pero como había caminado en dirección a una de las pocas calles concurridas, decidimos seguirlo, conviniendo silenciosamente con el traductor que, si las cosas se complicaban, huiríamos de inmediato.

”Sin embargo, no hizo falta. La cantidad de gente que había en la calle por la que se había internado le impediría realizar algún movimiento extraño, además de que saludó a varias personas en su trayecto, y estos le devolvieron el saludo, incluso algunos le entregaron algo de dinero. Evidentemente, él era una especie de loco inofensivo, de esos que todo poblado tiene.

”Dobló bruscamente al llegar a un callejón, momento en el cual ambos nos detuvimos. El hombre se detuvo también y nos hizo una seña con la cabeza para que lo siguiéramos. El traductor no deseaba avanzar más, y la verdad yo ya había perdido todo interés en lo que ese hombre pudiera ofrecer, pero como había llegado tan lejos, decidí terminar lo que comencé. El callejón no era tan largo, y tenía una respetable anchura.

”Le dije al traductor que espere por mí y me interné en el sucio lugar. Había un par de contenedores de basura a mi izquierda y derecha, ya que ése callejón conectaba con las puertas traseras de un par de restaurantes.

”El hombre avanzó hasta casi el final del callejón, en donde había una gran caja de cartón, que aparentemente era su vivienda. Estaba percutida por el uso y el tiempo, y en su interior estaban desperdigados algunos trapos viejos, como si fuera la casa de un perro.

”Entonces, el hombre dejó la pancarta de lado y se inclinó dentro la caja para tomar un trapo andrajoso, con el que se envolvió la mano, como si fuera un guante, mientras rebuscaba algo entre los otros trapos.

”Yo estaba parado allí, esperando pacientemente a que el hombre encontrara lo que estaba buscando...

El improvisado mozo se acercó a Osvaldo para decirle que uno de las mesas estaba pidiendo una cerveza, la cual él le entregó prontamente para que Carlos pudiera seguir con la historia.

—¿Y entonces? —inquirió, con más curiosidad que escepticismo, pero aún conservando fuertemente esto último.

—Como dije —continuó—, sólo estaba parado allí, esperando. Entonces, sacó un objeto de la caja que, ciertamente, era indescriptible... —juntó las yemas de los dedos índice y pulgar de cada mano para descansar el mentón en la curva que estos formaban, como si estuviera pensando.

—¿Indescriptible?

—Y, sí. ¿Qué te puedo decir? No existe forma en la que pueda describirlo. Pero, si quieres, puedo mostrártelo...

Repitiendo el movimiento que había hecho antes con el arma, introdujo una mano enguantada en su bolsillo, el izquierdo esta vez, y sacó el objeto del cual estaba hablando, el cual era, ciertamente, indescriptible. De lo poco que podía describirse, parecía ser una esfera perfecta, quizás con un ligero achatamiento en uno de sus lados, lo que le permitía no salir rodando debido a las imperfecciones de la barra. A su vez, emitía un ligero fulgor, casi imperceptible, que lo envolvía en una especie de halo. Lo demás, como su color, el material del que estaba hecho, o su peso, parecían variar con cada mirada. A veces parecía ser totalmente negro, y en otras ocasiones poseer todos los colores conocidos. Lo mismo con el material, el cual parecía ser uno completamente único, que no se asemejaba al metal, la madera, o el plástico.

Osvaldo, sorprendido ante el particular adminículo, se inclinó para verlo más de cerca, extendiendo sus dedos para tocarlo.

—¡No lo toques! —le previno Carlos, en una advertencia dicha tan fuerte que todos en el bar miraron en dirección a ellos, curiosos de saber qué había pasado.

Osvaldo se apresuró a restarle importancia con un gesto para que los demás clientes volvieran a ocuparse de lo que estaban bebiendo.

—Carlos... —trataba de encontrar palabras para lo que quería decir— ¿Qué carajo es esto?

–El zahir.

–¿Zahir?

–Sí –su gesto se suavizó, encontrando divertido el escenario–, sé que no tiene nada que ver con el zahir descrito por Borges, pero me gustó ese nombre, y decidí ponérselo. Además, ciertamente que esta cosa tiene algo de zahir.

Oswaldo no entendió, debido a su desconocimiento del cuento de Borges. Se inclinó nuevamente sobre el particular objeto. Debía ser imposible que existiera algo así, y sin embargo lo tenía frente a sus ojos.

–Me dio eso –continuó Carlos–, y varias notas escritas en papeles ajados. Mediante gestos, me indicó que nunca debía tocar ese objeto directamente con la piel, y que las notas se las dé al traductor. Por mi parte, agradecí con un corto cabeceo y salí de allí, bajo la atenta mirada de aquel hombre.

–¿Recuerdas qué decían las notas?

Como respuesta, Carlos volvió a meter la mano en su bolsillo, extrayendo ahora un papel doblado en cuatro. Estaba tan cuidado, que era evidente que no era parte de los papeles de los que había hablado.

–No lo hice traducir por el mismo tipo que me había acompañado, ya que sentí que lo había involucrado bastante. Fui con otro traductor, diciendo que las encontré tiradas en la calle y me daba curiosidad saber qué decía.

Oswaldo desdobló el papel, colocándose bajo uno de los bombillos y, con los dedos agarrotados, comenzó a leer.

La nota decía:

*Escribo esto para no olvidar quién soy, y lo que he experimentado. Soy Alexander Boris Morózov, y hasta hace poco tiempo, era un astronauta experimental.*

*Experimental, sí, porque antes de ser astronauta, era un vagabundo, viviendo de lo que me arrojaba la gente.*

*Todo esto sucedió en 1968, en plena carrera espacial. El servicio de inteligencia de la Unión Soviética tenía información, aparentemente fiable, de que los Estados Unidos lograrían, al paso que iban, llevar a un hombre a la Luna para el año siguiente. Como es evidente, la Unión no permitiría ser derrotada, así que, en un intento de apresurar las investigaciones en torno a la construcción de cohetes y los efectos del espacio en el hombre, comenzaron a contratar a personas cuya “misteriosa desaparición” no sería notada por nadie.. Y yo caí en ese saco. Claro que aquí estoy usando la palabra “contratar” muy libremente.*

*No sé cómo habrá sido con los demás, pero a mí literalmente me hicieron subir a una camioneta a punta de pistola. Me dieron apenas un mes y medio de formación, y me mandaron a morir.*

*Como supe más adelante de boca de uno de mis desafortunados compañeros, aparentemente estaban apresurando la construcción de los cohetes, destinando gran parte del presupuesto del Estado a la conquista espacial. Según me dijo, tenían a numerosas fábricas trabajando a lo largo y ancho del país, lo que les permitía tener cohetes a una velocidad increíble, por lo menos en comparación del tiempo que llevaría construir uno de manera “tradicional”.*

*Por mi parte, supe que nuestro destino era idéntico al de Laika, yendo al espacio para no volver, si es que llegábamos a salir de la Tierra. Vi a todos mis compañeros fallecer, explotando junto a los cohetes. Algunos explotaban al impactar contra el suelo luego de que el lanzamiento fallara. Otros en medio del aire, cuando no se habían elevado más de unos cuantos metros. Unos pocos no llegaron a subir al cohete, porque su recalcitrante negativa a subir provocaba que sean baleados en las puertas del mismo. Se trabajaba a un ritmo tan frenético que el promedio de viajes era, calculo, de dos lanzamientos por mes. Y digo calculo*

*porque, en ese lapso, mi percepción del tiempo se deformó bastante, a tal punto que no sabía cuántos días pasaban, o qué día era.*

*Finalmente, llegó mi turno. Por mi parte, estaba resignado a sufrir una muerte segura, mas, como es evidente, eso no pasó.*

*Subí al cohete, nuevamente a punta de pistola, porque en principio me negué, pero luego convine que daría lo mismo qué decisión tomara, el resultado sería el mismo, así que decidí ir a morir al cohete, para abandonar el mundo a lo grande.*

*Pero de haber sabido cuál sería mi destino, hubiera dejado que me aniquilen a balazos.*

*Recuerdo todo vívidamente. El cohete escupió una fuerte llamarada y comenzó a elevarse, lentamente al principio, mas fue aumentando gradualmente su velocidad hasta el punto en el que sentí que la piel se me despegaba de la carne. Tenía apenas una pequeña hendidura que servía como ventana delante de mí, así que vi cómo dejaba atrás las nubes para acercarme al firmamento estrellado. Supuse que, una vez al llegar, el cohete detendría su marcha, pero no fue así. Siguió avanzando cada vez más. Sentí con mis pies cómo la gravedad dejaba de existir, pero la fuerza del avance del cohete me mantenía adherido a mi asiento. Mi cabeza comenzó a doler fuertemente, pero el cohete no se detenía, así que, en un momento que no puedo precisar, perdí el conocimiento.*

*Cuando desperté... ¡Dios! Nunca podré olvidar ese sentimiento cuando desperté. Por algún motivo, ya no estaba en mi nave, sino que me hallaba flotando en medio de la negrura del espacio, enfundado en mi traje espacial. Y frente a mí... estaba Él. Podría afirmar, sin temor a equivocarme, que me hallaba frente a Dios, si no fuera porque los humanos le asignaron nuestra imagen. Literalmente, era un ser de abominables proporciones, a tal punto que mi vista apenas podía abarcarlo completamente. Desconozco a cuánta distancia me hallaba de Él, pero comprendí que esa distancia era enorme. Así fue como comprendí su monstruoso tamaño. Su forma era indefinible, pero hay dos rasgos que recuerdo vivamente: los innumerables apéndices que cubrían todo su cuerpo (cuya forma no recuerdo, me disculpo), y su ojo. Su ojo, en cierta forma, similar al ojo de una libélula, en el sentido de que estaba constituido por miles, millones de receptores, como si estuviera fraccionado.*

*Permanecí allí, flotando en el solitario espacio por un lapso que me pareció infinito, pero también pudo haber sido por unos segundos. Entonces, esa criatura dirigió uno de sus apéndices a su ojo y pareció arrancarse algo. Inmediatamente después, utilizando uno de sus apéndices más delgados (no debía ser más grueso que una sogá), lo extendió hacia mí, zanjando esa distancia que yo creí inabarcable en un instante.*

*En su apéndice sostenía un objeto que, ciertamente, no puedo describir. Sólo puedo decir que es esférico, y de color indefinido.*

*Él colocó ese objeto con gentileza en la palma de mi mano, cubierta por el traje espacial, antes de envolverme de pies a cabeza con otro de sus apéndices. Antes de darme cuenta, había perdido el conocimiento nuevamente.*

*Desperté nuevamente en la Unión, en el mismo pueblo en el que había estado antes de que todo esto comenzara, a mitad de la noche. Incluso vestía los mismos harapos que aquella vez, por lo que creí haber experimentado una especie de pesadilla que se me había hecho indeciblemente larga. Mas no fue así, porque, en la oscuridad de la noche, noté un tenue brillo que emanaba del bolsillo de mi gastado pantalón. Cuando introduje mi mano para saber de qué se trataba, mis dedos rozaron ese objeto indescriptible.*

*Y fue, ciertamente, el peor error que pude haber cometido.*

*Apenas estuve en contacto con eso, mi mente recibió una visión de lo que parecía ser un futuro que, sinceramente, parecía lejano, pero no tanto. El caos, descontrol y desesperanza se habían adueñado de las calles del pueblo, mientras una enorme figura ocultaba el Sol,*

*esparciendo la sombra sobre todo el lugar. Esa enorme figura... era Él, tapando la luz solar con tan sólo uno de sus apéndices, ni siquiera con su cuerpo.*

*Tuve la suficiente fuerza de voluntad como para despegar la yema de mis dedos de ese objeto, que parecía atraerlos magnéticamente, pero ya era muy tarde. A partir de ese momento, las pesadillas y visiones de Él me acecharían a toda hora, invadiendo tanto mi mente como mis sueños. Todas mis elucubraciones se dirigían indefectiblemente a Él, y mis horas de sueño estaban colmadas de pesadillas acerca de Su llegada.*

*Pero lo más horrible era...*

La nota terminaba allí. Osvaldo dio vuelta el papel para ver si continuaba por el otro lado, pero éste estaba en blanco. Finalmente, miró intrigado a Carlos.

–Lo demás, según palabras del propio traductor, era ilegible –aclaró.

Osvaldo no dijo nada, sino que primero volvió a mirar el papel, repasándolo en su totalidad un par de veces, como si quisiera extraer el texto faltante a fuerza de releer las líneas que estaban escritas.

–¿Qué te dijo la persona que te tradujo esto?

–No lo recuerdo bien. Creo que hizo el comentario de que se trataba de un intento fallido de cuento de terror, pero que era algo muy fantástico y poco realista para que su gusto, o algo así. Y yo pensaría exactamente lo mismo, si no fuera, claro, por el zahir –carraspeó–. Pero lo que dice la nota es cierto, Osvaldo. Nunca debes tocar ese objeto directamente, porque te transmitirá una visión de pesadilla acerca del futuro que se viene. Y sus visiones acecharán tanto tu pensamiento durante el día, como tus sueños por la noche. ¿Ves por qué dije que este objeto tenía algo de zahir?

Osvaldo no dijo nada, sino que se quedó mirando al zahir, como hipnotizado por el brillo que emanaba.

Carlos observaba la situación, encontrando divertido el escenario.

–Yo sé la fecha exacta en la que todo esto ocurrirá, pero no diré nada –Osvaldo levantó la vista, mirándolo tanto con intriga como con reproche–. Cuando toqué el zahir, la visión me transportó a mi casa, y no tuve más que mirar el calendario que tengo colgado en la pared para saber tanto el año, como el mes y el día.

–¿Y entonces...?

Se generó una nueva interrupción del improvisado mozo, al cual Osvaldo despachó rápidamente.

–Como dije, no haré comentario alguno. Si quieres averiguar la fecha por ti mismo, puedes tocarlo e intentar averiguarla. Pero no te lo recomiendo para nada.

El otro pareció sopesar un momento esa idea. Finalmente, preguntó:

–¿Pero por qué no cuentas tu historia? Muéstrales el zahir, la nota... Haz que todos sepan lo que se viene.

–¿Y desatar la histeria colectiva? La humanidad está perdida. Lo que para nosotros es una distancia infinita, para Él no es más que un corto trayecto. Lo que percibimos como siglos, milenios, para Él no es más que un instante. ¿Cómo podrías combatir a un ser que puede envolver al planeta entero con uno de sus apéndices? No hay esperanza, Osvaldo. Que la gente viva en paz los años que le quedan –sus palabras sonaron más funestas de lo que hubiera querido.

Osvaldo volvió a inclinarse sobre el zahir. Parecía debatirse entre tocarlo o no. Carlos se encargó de romper ese trance devolviendo al objeto al bolsillo del que había salido, mientras decía:

–Aún no he decidido qué haré con esto. No deseo que otra persona lo tenga, ya que quiero que esa información muera conmigo... aunque ahora que te la he traspasado a ti, también cargas con ese peso sobre los hombros, pero sin el zahir o la nota de Morózov para respaldar la historia, si le cuentas esto a alguien, sólo creará que son los delirios de un loco.

”Quizás haga como Borges con su zahir y lo pierda intencionadamente, pero perderlo implicaría que alguien sufrirá la suerte de encontrarlo. Debo deshacerme de él, pero de una forma en la que nadie pueda hallarlo en varios años... Oh, bueno. Ya pensaré en algo.



Se puso de pie lentamente y estiró sus miembros dormidos antes de inclinarse hacia la barra.

–Hazme un último favor, Osvaldo –dijo con suavidad.

El barman, por su parte, sintió un ligero pánico al ver que Carlos volvía a introducir una mano en uno de sus bolsillos, ya que nada bueno había salido de ellos. Sin embargo, vio que extrajo un trozo de papel doblado, el cual le extendió.

Era un cheque, y llevaba garrapateada una cifra considerable.

–Son los ahorros de toda mi vida –aclaró–. Durante años, he vivido de los intereses que me generaba, más algo de dinero que no tenía bancarizado, pero ya no voy a necesitarlo. A donde voy, el viaje me sale gratis. Ahora, sobre ese favor... –se inclinó sobre la barra, mascullando–: Haz algo con este mugrero que tantos años fue mi refugio.

Dicho esto, estrechó la mano del barman antes de subir el cuello de su abrigo y salir de El Imperio bajo la atenta mirada de Osvaldo. Aunque no demostró sentimiento alguno con palabras, la charla parecía haberlo hecho envejecer un par de años.

Carlos llegó a la puerta y tiró de ella para salir al exterior.

Había dejado de llover.

# Comentarios

Por: Gentleman 

## Cambio que me parece pertinente mencionar:

En un principio, la historia estaba ubicada en el pueblo más chico dentro de las locaciones ficticias que suelo utilizar (Pagos Altos), pero finalmente, decidí simplemente dejar a ese lugar como un pueblo sin nombre. No quería que mis otros relatos compartieran “universo” con éste, debido a que esa pequeña conexión implicaba que un inminente final acechaba a todo los cuentos que estuvieran ubicados en alguno de esos lugares.

En el comentario del cuento anterior, escribí:

*Reconozco que no es mi mejor trabajo, pero decidí escribirlo para darme algo de tiempo mientras terminaba de redondear una idea para el cuento del mes próximo. Igual, no prometo que el próximo cuento sea mejor que éste.*

Éste no es el cuento que tenía pensado escribir. Había comenzado con la idea que tenía originalmente, pero hubo un par de partes en donde no supe cómo avanzar, así que decidí dejarlo de lado. Desconozco si alguna vez lo retomaré, pero lo dudo.

En realidad, me dio un bloqueo cuando comprendí que no podría escribir el cuento que quería, así que escribí un cuento que era, digamos, “para salir del paso”, pero no me convenció totalmente. Luego, escribí otro, que me gustó un poco más, pero me pareció un poco soso. Finalmente, en torno al día 16, dije “Podría intentar escribir algo de horror cósmico, como dijo el OPeine”, y éste es el resultado.

Pido perdón a todo aquél que considere esto un insulto al género del terror, ya que, como dije, no soy muy amante del género, pero me pareció interesante tratar de escribir algo así. Además, desconozco si esto puede considerarse “terror”.

Comprendo que, en la nota que escribió el supuesto astronauta, me pasé los datos históricos y científicos por la espalda baja. Pido perdón por eso. En realidad, en el pasado, esto hubiera constituido un motivo más que suficiente para dejar este cuento truncado, pero la negligencia que adopté en mi escritura en estos años contribuyó a que eso no pasara. Quizás sea algo positivo, después de todo.

De haber elegido otro idioma un poco menos difícil que el ruso, hubiera agregado un diálogo (unilateral) de Presillo con Morózov, en el cual este último le diría que el zahir fue el principal motivo para caer parcialmente en la locura, pero no totalmente, ya que ese objeto lo había maldecido con las visiones de un futuro apocalíptico, pero su existencia le aseguraba que no eran simples delirios suyos. Que el peligro era real.

No sé si hace falta aclarar esto, pero...

Cuando el cliente le dice a Osvaldo que hace “una hora” que le está pidiendo una cerveza, en realidad sólo habían pasado unos minutos. Lo de “una hora” es simplemente un recurso empleado por el cliente para expresarle al barman que hace varios minutos que se la estaba pidiendo.

Como siempre, pido perdón por cualquier error ortográfico cometido en este escrito que se me haya pasado por alto.